

# ALEMANIA-OESTE

**D**OCE pisos, cuarenta y tres metros de altura, cincuenta de fachada: es un inmueble ultramoderno en el centro de Francfort, parecido a otros muchos, ya que Francfort es, con Düsseldorf, la ciudad alemana occidental en la que existen más grandes bancos de negocios y empresas comerciales de envergadura. Un edificio nuevo en una próspera ciudad alemana no tiene nada de particular. Sin embargo, la inauguración de este edificio, en marzo de 1964, fue un acontecimiento importante para toda la Alemania occidental.

«Deutsche Bank», el «Dresder Banks» y el «Commercial Bank». El año pasado tuvo un volumen de negocios de cerca de cinco mil millones de marcos. «Es bastante extraordinario», dice, con razón, un gran periódico financiero de Düsseldorf.

Más asombroso todavía es el hecho de los fondos depositados en el banco por los sindicatos (seis millones y medio de adherentes) y las cooperativas de consumo (dos millones y medio) no representan más que alrededor del 14 por 100 del capital del que dispone actualmente. ¿De dónde viene el resto? Wal-

poner a su disposición los medios de realizar libremente su acción».

## construcciones

El informe anual del banco señala que la Unión Financiera de París ha adquirido una participación en el capital social, y que por su parte, el banco ha adquirido una participación capital en comandite de la Unión Financiera de París, de la cual, se dice, no están ausentes los Rothschild. El Banco Sindical tiene también otras participaciones

# LOS OBREROS MILLONARIOS

El edificio pertenece a la Confederación Sindical alemana (D.G.B.) y a las cooperativas de consumo, que han pagado veinte millones de marcos. Es como para hacer palidecer de envidia a los sindicalistas de muchos países. Pero es que, además, y sobre todo, resulta que no sirve de sede a los sindicatos, ni a las cooperativas, sino a un banco, al «Bank für Gemeinwirtschaft» (Banco para la economía comunitaria), del que son propietarios.

Se ha dicho y se ha repetido: una gran parte del movimiento obrero de Europa occidental está a punto de americanizarse; aquí tenemos a los sindicatos alemanes como banqueros. ¿Por qué no?

Desde hace ya bastante tiempo, las organizaciones del movimiento obrero alemán encargaban de la gestión de sus fondos, a menudo considerables, a organizaciones financieras creadas al efecto.

Ya al final de la primera guerra mundial una «banca obrera», propiedad de la socialdemocracia y de los sindicatos, estaba encargada de gestionar «honestamente» (esto, curiosamente, se especificaba en los estatutos) las cotizaciones obreras. En marzo de 1933, los nazis se apoderaron del banco y de los fondos.

## negocios

La novedad consiste en que el «Bank für Gemeinwirtschaft» no es sólo el Banco de los sindicatos, es un importante banco de negocios: el cuarto (a bastante distancia) de los tres grandes del mundo bancario: el

ter Hesselbach, director del banco, antiguo militante de la juventud socialista, y hoy miembro activo del partido social-demócrata, no lo oculta: «Nuestro banco, dice, hace lo que hacen todos los bancos: negocios».

En primer lugar, negocios corrientes: tiene miles de clientes que aportan sumas modestas para obtener intereses; hace préstamos y mantiene, por medio de unas cuarenta sucursales repartidas por toda la Alemania Federal, una enorme red de negocios.

Pero también ha hecho negocios mucho más espectaculares: en 1962, Hugo Stinnes, uno de los industriales alemanes más importantes, propietario de varias grandes empresas metalúrgicas, se encontró con graves dificultades financieras. La banca sindical, llamada en socorro de Stinnes, adquirió no sólo una gran parte de las acciones de sus empresas, sino también un banco que constituía su sostén financiero. Después de haber remontado la dificultad, los banqueros sindicalistas revendieron su parte a una sociedad americana, la «Clark Equipment Company», realizando, según se dice, un beneficio de setenta millones de marcos.

De estos bonitos negocios, el banco sindical hace bastantes. La prensa financiera, un poco inquieta por el monto de esta competencia inesperada, empezó ironizando: «Olvidan a Carlos Marx y se instalan en el capitalismo». A Hesselbach esto no le molesta en absoluto: «Un banco, aunque sea sindical, debe hacer negocios. Sólo en la medida en que nuestro banco disponga de un largo sector comercial extrasindical, podrá hacer fructificar los capitales de los sindicatos y podrá

en el extranjero: Países Bajos, Suiza y un poco por todo el mundo.

Pero la actividad esencial del banco sindical alemán se ejerce en otra parte: «Nuestra tarea —dicen amablemente sus directores— consiste en alimentar el sector comunitario de la vida económica, en ayudar a los consumidores a adquirir bienes en las mejores condiciones».

En este terreno, el banco sindical ha obtenido éxitos bastante espectaculares. Un ejemplo: la «Neue Heimat» («Nuevo Hogar»), empresa de construcción de inspiración sindicalista y socialdemócrata, ha construido cerca de doscientos cincuenta mil apartamentos, situados sobre todo en las ciudades obreras, a precios y condiciones de crédito muy ventajosas. «Somos los constructores más grandes de Alemania», proclama orgulloosamente un periódico sindical. Y es verdad. La «Neue Heimat» construye nuevas ciudades donde podrán alojarse cincuenta mil personas. Es más, ya empieza a construir en Milán y en París.

«Pero nosotros no somos capitalistas —declaran Hesselbach y sus colaboradores para responder a ciertos críticos—, no somos millonarios de izquierda. Nuestro banco manipula sumas enormes, pero no posee medios de producción y nosotros nos interesamos esencialmente en el sector comunitario de la economía». Y añaden: «Lo que es verdaderamente revolucionario en la actitud de nuestra banca sindical es que tiene el mismo comportamiento que las demás».

Es imposible expresar mejor el «realismo» de un movimiento obrero que se adapta al sistema económico, llamado «de la abundancia».



## contradicciones

Una de las últimas grandes operaciones realizadas por la banca sindical ilustra particularmente bien esta actitud. Hace algún tiempo, bajo la presión del sindicato de la construcción (medio millón de adherentes), el Gobierno federal ha promulgado una ley que autoriza a los «partenaires sociales», es decir, a los patronos y sindicatos, a llevar a cabo convenios colectivos que permitan a los obreros acceder a la «fortuna».

El sistema es éste; en una misma caja, los patronos echan nueve «pfennings» por hora de trabajo y los obreros dos. De estos once pfennings, el obrero puede disponer como

guste: ahorrar para reunir un pequeño peculio, construir, comprar acciones: en un año, el obrero se hará así una «fortuna» de unos trescientos marcos. El banco sindical de Francfort, de acuerdo con el señor Leber, presidente del sindicato de la construcción, ha fundado, no obstante, una sucursal para gestionar las cotizaciones de los obreros de la construcción que quieren hacer «fortuna» de esta manera. Hasta hoy se han hecho abrir cuentas en ella unos doscientos mil trabajadores.

«Es todo un estado de espíritu», nos ha dicho un representante del sindicato metalúrgico alemán, para quien este sistema es una forma particularmente «llamativa» de la

colaboración de las clases. En efecto, es un estado de espíritu, que no es exclusivo de los alemanes y que se extiende rápidamente por todos los movimientos obreros. Sin embargo, puede haber en esto «contradicciones», aunque no impresionen a Hesselbach, que responde: «Ciertamente, puede llegar el momento, por ejemplo, a raíz de una huelga, en el que los intereses de nuestros clientes capitalistas se encuentren en contradicción con los de una organización sindical: en este caso concreto, si nuestros clientes capitalistas tienen dificultades de tesorería, les aconsejamos que se vayan a otra parte...».

En suma, todo se arregla.

GERARD SANDOZ